

conocimientos) hacen que los docentes nos encontremos en aprietos para estimular el interés en nuestros alumnos. Es indudable que estas características no se presentan por igual y en la misma medida en todos los docentes, aunque debemos reconocer su existencia, de la cual también podemos ser más o menos conscientes. Por eso, la observación de nuestras propias prácticas es tan importante, ya que puede poner a la luz muchas de estas características que, en el espacio de la rutina diaria quedan ocultas y no logramos percibir.

La cuestión consistiría en reflexionar sobre cómo cada una de estas huellas está presente en nuestras prácticas educativas, impidiendo una educación realmente dialógica, e intentar superarlas. La estrategia posible se basaría en el continuo análisis sobre nuestras propias prácticas como educadores, considerando las posibilidades y límites de cada uno de los contextos concretos en los que nos desempeñamos. Los conceptos que caracterizan a una pedagogía dialógica serían:

1. La educación como una práctica de la libertad asumiendo un compromiso con el contexto socio-político-económico en que vivimos.
2. La noción de la educación como un acto de conocimiento en el cual los actores son los docentes y los alumnos, es decir, como producción y construcción de los conocimientos y no meramente como transmisión de los mismos.
3. La flexibilidad de la educación como proceso, rechazando el autoritarismo en el marco de una elasticidad permanente entre autoridad y libertad. No hay diálogo cuando se pretende que hay unos que poseen los conocimientos, los profesores, y otros que carecen de ellos, los alumnos.

A partir de estas pautas generales surge el escenario para la selección de las técnicas y la elaboración de los métodos, estrategias de enseñanza-aprendizaje y didácticas; la reflexión sobre ellos sumada a la que constantemente debemos efectuar sobre nuestras prácticas pedagógicas concretas. Hay una idea de Freire: "Los educadores tenemos que saber "provocar" la curiosidad epistemológica de nuestros alumnos". Freire enfatizaba en particular el verbo "provocar", resistiéndose ostensiblemente al traspaso mecánico de los contenidos, práctica tan enraizada en nosotros los docentes, esencialmente formados en el ámbito escolar. Muchas veces no nos alcanza con técnicas novedosas y todo un conjunto de tecnología educativa para evitar ser más transmisores que provocadores. No hay "conocimiento verdadero", es decir, conocimiento con base científica, si los alumnos no se asumen como parte activa de ese proceso, dejando de lado su clásico rol de simples receptores pasivos de la transferencia automática, por parte de los docentes, de cúmulos de ideas y conocimientos pre-elaborados. La educación como un acto de conocimiento también nos marca que no sólo debemos buscar la comprensión de los contenidos, sino principalmente su "razón de ser", es decir, la razón de ser de los hechos económicos, sociales, políticos, científicos, ideológicos e históricos del contexto concreto en el que estamos inmersos y que responden a un "paradigma" o modelo histórico-cultural. Esa "razón

de ser" tenemos que abordarla con un método científico. De esa manera seguramente ayudemos a que los alumnos se asuman como sujetos de conocimiento y logren salirse de la posición pasiva de meros repetidores de información que no logran comprender en profundidad. Los docentes deberíamos saber permanentemente qué piensan los alumnos del proceso educativo que estamos llevando a cabo con ellos, de nuestro desempeño como tales y de los contenidos que implementamos en las prácticas pedagógicas. Para ello tendríamos que crear espacios en la práctica educativa concreta que nos permitan conocer y debatir estos temas entre todos los involucrados. Para posibilitar esta educación dialógica, Paulo Freire era partidario de practicar una pedagogía de la pregunta, es decir, de una didáctica en la que los alumnos formulan "genuinas" preguntas. Es que en la educación tradicional las preguntas que les hacemos a nuestros alumnos ya tienen, por lo general, la respuesta incorporada. Lo que hacen los alumnos –en un acto más adivinatorio que creativo o reflexivo– es, entonces, descubrir cuál es la respuesta que nosotros esperamos que nos digan.

Paulo Freire decía con sencillez: "¡El educador, de manera general, ya trae la respuesta sin que se le haya preguntado algo!" La educación escolar es, en general, una educación de respuestas, en lugar de ser una educación de preguntas, y en ella nos hemos formado la mayoría de nosotros. Nuestra tarea como docentes del siglo XXI es la de aceptar el desafío de tender a una educación de preguntas como camino creativo para estimular el desarrollo del conocimiento científico y el compromiso de nuestros alumnos como ciudadanos del mundo y de su contexto en particular.

Desde el tablero

Leonardo Garabieta

Un tablero es mucho más que un tablero ¿Cómo es esto? Para las nuevas generaciones, el tablero podría ser algo casi obsoleto: un rectángulo de madera, una paralela, lámpara, escuadras, lápices, -la taza de café obviamente- y algunas cosas más. Muchas generaciones, entre las cuales se incluye la mía, hicimos vida de tablero: estudiábamos, dibujábamos, hacíamos maquetas, comíamos y durante alguna entrega, hasta hemos dormido arriba del tablero. En fin, vivíamos "Desde el tablero".

Y a pesar del tiempo, esa vida no cambió demasiado para los estudiantes de diseño. La diferencia es que hoy, aquel rectángulo de madera se cambió por una pantalla, un mouse, una impresora y demás herramientas que la tecnología fue legando.

Pero el concepto de tablero es mucho más profundo. Un tablero implica control, poder, manejo, toma de decisiones. . . y esto pasa con el tablero de un jumbo 747, con un tablero eléctrico y con uno de diseño. Es el lugar donde nacen las ideas, donde se realizarán todos los pasos del proceso de diseño, donde se ajustará el proyecto, en síntesis, desde donde se ejercerá el control de lo que estamos creando.

Enseñaje es un término que no figura en ningún diccionario de nuestra lengua, pero igual lo uso con frecuencia, entendiéndolo por tal, el resultado de la concatenación de enseñanza y aprendizaje, ya que en los talleres de diseño estoy totalmente convencido de que todos, docentes, alumnos, asesores, invitados, todos, nos retroalimentamos continuamente. Todos enseñamos y aprendemos juntos, la mayoría de las veces sin siquiera darnos cuenta.

“Profe, no me sale nada”, “Arqui, lo tengo todo aquí – mientras el alumno se toca la cabeza- pero no se cómo mostrarlo”, “Mire jefe, esto es un desastre, pero la idea es buenísima”, no se que me pasó”.

Estas son sólo algunas de las frases que escucho desde hace tres décadas, en muchos casos en ayunas en esas mañanas muy tempranas en la facultad. Debo reconocer y admitir que yo también las he pronunciado cuando era alumno. Investiguemos un poco sobre el tema. Todos hemos estudiado en el colegio por ejemplo, física y sabemos algo de ciencia, que Einstein o Newton no fueron arqueros de ninguna selección de fútbol ni corredores de bolsa. También estudiamos o al menos cursamos psicología y sabemos que existió Freud, que más allá de los líos de Edipos y Electras y demás yerbas, fue el padre del psicoanálisis.

Me atrevería a asegurar además, que la mayoría de las personas conocen o al menos escucharon hablar de Cervantes, Shakespeare, Bach, Dumas, Picasso, Dalí, etc. También tenemos vagos conocimientos de otras áreas como biología, química, política o geografía, aunque no sepamos muy bien si los Himalayas son o no navegables. Y de ésta forma podría pasarme por la mayoría de los andariveles del conocimiento y todos “pescaríamos” algo.

Pero cuando llegamos a ésta maravilla de la cultura universal que llamamos Diseño, ¿Quién conoce a Bramante, Imothep, Bernini, Lecorbu? Sólo por nombrar a alguno. ¿Qué docente de diseño no está cansado de aclarar que la arquitecta “Miss” Van de Rohe era varoncito –Mies- o que el famoso “Raid” nada tenía que ver con ningún insecticida,- Wright-.

He aquí la piedra angular del problema. Y de ésta manera uno entra a las facultades de Diseño y e los primeros días escucha términos como minas 2H, 3B, partido, eje, edículo, límites virtuales, etc., y nuestro aprendiz de brujo se siente un alquimista en potencia.

Pero, ¿Cómo alguien puede querer ser o estudiar algo que prácticamente desconoce? Por eso planteo que en los primeros cuatrimestres de las carreras de diseño, no basta con verter conceptos, hay que contar que es el mundo del diseño o como se desarrolla un diseñador, las experiencias propias y las de sus colegas, en síntesis hay que comunicar que cuando uno está eligiendo una carrera también está decidiendo una forma de vida. Y ésta forma va desde la vestimenta, el lenguaje, los horarios y hasta el lugar y que voy a desayunar. En último de los casos estoy tomando partido acerca de cómo va a ser mi vida. Pequeña decisión.

En un mundo cambiante, los profesionales no estamos excluidos del sistema, con lo cual debemos transformarnos en mutantes para acompañar el cambio. Y quienes somos docentes, más aún, ya que nuestra

responsabilidad es mayor. No podemos –como decía Pirandello- seguir rumiando el discurso de los muertos; el nuestro debe actualizarse continuamente ya que debemos preparar profesionales para el aquí y ahora, pero en especial, para el mañana, con toda la incertidumbre que eso genera.

Parafraseando a Chesterton, las mentes libres no habitan en cuerpos rígidos, de allí que nuestros talleres de diseño no pueden ser estructuras esclerosadas. El taller debe ser un foro permanente de discusión, donde nada se de por supuesto, donde todo de analice, se cuestione, se desmenuce. Debemos formar pilotos de jets para acomodarse a los cambios. Y esta formación debe producirse en la facultad, ya que comenzar a hacerlo una vez graduado, sólo produce frustración, bronca y pérdida de oportunidades. Nos manejamos en nuestra cátedra y facultad, pero lo cierto es que vamos a la Universidad y aquí está la piedra angular: Universidad. Salgamos pues de las estructuras estancas. Trabajemos como en la vida profesional, interrelacionados con otros profesionales; aprenderíamos más, usaríamos mejor nuestros recursos, tendríamos óptimos resultados y tal vez estaríamos forjando una educación universitaria mejor, que al aplicarla daría a su vez una sociedad también mejor.

Es obvio que me refiero a la interdisciplina, y no me refiero sólo al contacto con otras cátedras de la facultad, cosa que ya sería un avance fenomenal. Me refiero a que nuestros talleres estén periódicamente visitados por profesionales de otras disciplinas, agentes del mundo empresarial, de la producción, y de diseñadores de esos que no andan por los pasillos de la facultad.

En parte por lo expuesto, en parte por otras razones, la propuesta de taller implica recorrer el camino de “enseñar a aprender” el mundo del diseño. Esto se estructura fundamentalmente a partir del conocimiento de la historia, usándola como herramienta que posibilite alimentar las distintas corrientes ideológicas y que permita al alumno recorrer la dimensión pasado – futuro, para luego accionar en el presente. Junto a la historia, importa la percepción crítica del contexto, ya que éste da los parámetros para desempeñarse como diseñador. Ambos conceptos debemos transmitirlos sin imponerlos, sino orientando a que se aprendan.

Creatividad y rigor científico, son términos que deben funcionar en paralelo en nuestros talleres para abordar los componentes del sistema de diseño: el contexto físico-cultural, territorio insoslayable de la intervención del diseñador; la estructura ideológica de la sociedad, y los medios técnicos con que se debe materializar la producción diseñada, con todo lo cual el diseñador debe responder a las solicitudes planteadas.

Diseñar, es responder a las necesidades del usuario, que surgen del sistema don de éste se ha asentado. Enseñar y aprender diseño, implica entonces, la difícil tarea de reconocer críticamente los componentes del hábitat para luego integrarlos mediante la universalidad del pensamiento y la especificidad de la respuesta.

Es fácil entonces, deducir que el principal objetivo, es clarificar la mente de los alumnos – y también la nuestras– y convencernos que el producto del diseño no es simple consecuencia directa de un ajustado

método ni tampoco de un acto mágico, sino de la acción de una mente clarificada que actúe con libertad, amplitud, inventiva y decisión sobre el problema planteado.

Universidad.. ¿Ambito de convergencia de la diversidad?

Silvia Elena Garay

Este trabajo surgió en la Cátedra de Introducción a la Investigación y gira en torno al análisis de las dinámicas de trabajo en relación a la pareja educativa como verdadero “diálogo” con el otro.

En esta primera etapa es donde se evidencia en los alumnos una sobre adaptación a todos los ámbitos en un nuevo espacio de aprendizaje y enseñanza.

Son verdaderas transformaciones dentro de otras más amplias y grandes núcleos que se articulan a lo largo de sus carreras, donde los contenidos de aprendizaje muchas veces actúan como disparadores para el abordaje de las diferentes problemáticas.

Es en la “investigación – acción” donde se analiza el juego de interacciones y experiencias de los grupos en el ámbito de la Universidad como espacio de convergencia de las distintas identidades.

Lo más significativo de todo esto es cómo “la creación” se presenta como eje y motor de adaptación en la dinámica del aula, puesto que en ella es donde convergen diferentes problemáticas alrededor del idioma, costumbres, distancias y afectos.

Ante los conceptos de fronteras geográficas desdibujadas, tal vez tengamos que armar nuevamente en el pequeño y vasto lugar de trabajo, un nuevo “mapa” donde el juego dinámico de espacio –tiempo nos permitan abordar lo creativo y sus contenidos en relación a los alumnos y profesores en la compleja trama de educar y aprender; sin olvidar el intercambio entre los alumnos.

La observación y la reflexión diaria sobre los alumnos en situación de clase, me hicieron pensar que es tal vez en el campo educativo donde se hace conciente y recrea la convivencia de dos o más culturas.

Y es, en este marco, donde la Universidad toma y resignifica el bagaje cultural que los alumnos traen desde sus países de pertenencia y se reúnen para consolidarse, transformado, en un espacio de la creación.

Es tal vez el lugar más propicio para comprender a través de lo cotidiano que no hay privilegios de unas culturas sobre otras, que cada una lleva implícitos determinados valores y símbolos que convergen en una identidad en permanente intercambio.

La Universidad, un lugar que “convoca” y “evoca”, es donde se produce la toma de conciencia de ese otro distinto pero igual a mí, que nos lleva al respeto por otros modelos culturales que sin dudas es el componente esencial de las creaciones posteriores.

La cultura y por consiguiente la educación deben promover y respetar la diversidad desarrollando la especificidad de cada pueblo, de cada núcleo social, de cada individuo, a fin de enriquecer su aporte y

sitarlo en el mundo propio y de los otros.

Comprender la diversidad desde presencia y el accionar de nuestros propios alumnos no es solamente entrar en culturas diferentes sino descubrir algunos puntos de tradición común, de pertenencia y adaptación.

También podemos observar los miedos que implican el desarraigo, el espacio físico y la inserción en otros núcleos sociales que no siempre se presentan flexibles a la hora de compartir. Esto no es echar por tierra su propia herencia cultural.

Hay que evitar la sumisión a un modelo que inexorablemente lleva a la estigmatización de un pueblo y de la persona misma, que propicia la discriminación que con su huella irracional, injusta y acientífica, cercena y mutila a un país, sus símbolos y su gente.

Tenemos la posibilidad de convivir en un ámbito multicultural, en un espacio, a veces efímero de intercambio pero desafiante y enriquecedor.

Sigue siendo nuestro mayor compromiso como docentes considerar todas las alternativas que se presenten.

Hoy más que nunca es necesario recuperar el diálogo y la costumbre de compartir, en detrimento de la competencia y el individualismo que promueve la cultura de masas y lo exalta como valor preponderante anulando el valor de la solidaridad y por consiguiente a la persona, al sujeto colectivo, a la comunidad y en consecuencia, mejorar su calidad de vida.

Un ejemplo claro de ello fue el Primer Encuentro Latinoamericano de Diseño.

Los contextos socio-históricos se presentaron en el marco de la creación a partir de sus representantes y hoy continúan nuestros alumnos en este proceso de enseñanza –aprendizaje que con la participación en las cátedras, fueron más allá de sus propios ámbitos de referencia. Entonces, se pone de manifiesto como los recursos personales invertidos se observan en los resultados obtenidos.

Es en este ámbito académico donde la cultura no se manifiesta como reducida solamente a obras, al ocio y al pasatiempo.

En referencia a lo expresado podemos citar un párrafo de Marc Augé donde propone que las obras y los objetos sirvan para reflexionar, para cuestionar, para hacer al hombre maravillarse de la complejidad del mundo y los misterios (o milagros) de la vida”.¹

Para ser ciudadano, un individuo debe conocer la historia de su pueblo, su patrimonio tangible e intangible, sus valores culturales y aspiraciones seculares, algo que se enseña cada vez menos.

Señala Jean- Françoise Mattéi, citado por Colombres (...) “es en este sentido que la educación actual tiende a encerrar a la escuela en el sujeto y al sujeto en sí mismo, nuevo avatar de la escuela moderna entendida como un repliegue sobre el yo.

Un hombre amurallado en sí mismo, sumergido en su pensamiento subjetivo, despreocupado de los asideros de la objetividad y las resonancias del mundo, no puede ser protagonista de ninguna construcción social valiosa. Por lo general estos individuos son fáciles presas del miedo, de temores a menudo imaginarios que los llevan a preferir la tentación totalitaria a los riesgos del cambio. Si socializar es humanizar, librar al educando del abismo